

# El hombre de la 14-13<sup>1</sup>

Lina Esmeralda Suárez Carreño  
Estudiante Facultad de Derecho  
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Santander, Colombia  
Correo electrónico: linaesmeralda.suarez@ustabuca.edu.co

A comienzos del mes de septiembre del año 2020 todo parecía transcurrir de manera normal en el barrio La Candelaria en Piedecuesta, Santander. Los vecinos salían, mercaban, paseaban sus mascotas, hablaban entre ellos, trabajaban y demás.

–Mamá, huele a gas, dije.

–¿Sí? Yo no huelo nada, respondió mi mamá.

Seguimos en nuestras labores. Finalmente llega la noche del 2 de septiembre. Al día siguiente todo en el barrio seguía normal, al menos eso creí yo desde mi casa. No sabía lo que ocurría en la casa siguiente.

Dos pisos, un portón negro, un garaje que justo desde aquel mes se vestía de navidad, una gran ventana, una pared amarilla y un bonito árbol a las afueras. Así lucía la casa de don Francisco Hernández Medina, mi vecino, un señor de 77 años de edad a quien yo solía considerar amante de la época decembrina, pues como mencioné, desde septiembre en su garaje ya armaba su arbolito y su pesebre. Nunca llegué

a conocer más sobre Don “Pacho”. Sin embargo, aquel 3 de septiembre por mi mente no dejaría de pasearse.



*Casa de Francisco Hernández Medina.*

*Fuente: Autora.*

Para resumir, según relata mi madre, Francisco Hernández Medina era pensionado de la policía, diabético, un hombre muy solitario; mercaba tan pronto abrían la tienda en las mañanas,

<sup>1</sup> Crónica escrita por la estudiante durante el Diplomado en Procesos de Lectoescritura que ofrece el Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI).

único momento del día en el que se le veía. Pues, desde que empezó la emergencia sanitaria, don Francisco dejó de salir a sus caminatas matutinas, se aisló aún más.

Seguramente tenía más familia, pero más allá de una sobrina que de vez en cuando venía a ver cómo estaba, no se sabe. Había vivido en La Candelaria junto a nosotras desde que llegamos al barrio hace años, pero reservados, tanto él como nosotras, como para haber entablado una conversación algún día.

Desde el sábado 29 de agosto nadie vio a don Francisco. Y situándonos donde íbamos, el 3 de septiembre se intensifica un raro hedor, tal vez a gas. Mi madre trabajaba en casa y yo estudiaba igualmente, debido a la pandemia. A las seis de la mañana ambas ya estábamos encerradas en el estudio, a donde no llegan ni los olores ni los sonidos. Por tanto, estábamos teniendo un día dentro de lo común. Cerca de las 9 de la mañana, mi mamá tuvo que salir a la tienda por unas cosas. Al llegar, de la manera más angustiada posible y acompañada de la rechinante puerta del estudio al abrirse, me dice: –póngase un tapabocas ya.

Mientras busco mi tapabocas me empieza a narrar que aquel olor a gas se desprendía del cadáver de don Pacho. Él llevaba cinco días muerto en su casa. Alrededor de la amarilla fachada se lograban ver algunas moscas, asimismo, las aves carroñeras empezaban a merodear el sitio. Para los vecinos, lo anterior levantaba sospechas claras de un anuncio de la parca. Pero era necesario tener certezas, descubrir qué estaba pasando en la 14-13, número de la casa donde residía el solitario Francisco.

Empieza entonces la hazaña, pues un vecino de forma valiente sube al techo y entra por el patio de la casa. Ahí se encuentra con una gran nube de moscas. Desconcertado, pero inquieto, aquel vecino continúa su trayecto. Del patio, entra a la cocina. En la cocina no hay nada. Luego al comedor, nada. En la sala, nada. No queda más

remedio que subir al segundo piso. El olor era cada vez más penetrante e insoportable. Finalmente, abre la puerta de lo que al parecer era el cuarto de Hernández Medina. Un escenario escalofriante, pero tranquilo a la vez. El señor Francisco yacía en su cama muerto. El estado de descomposición hacía de la escena repugnante, pero en medio de ella había en realidad paz, los vecinos habían atado los cabos y don "Pachito" había muerto por causas naturales.

Por otro lado, parece todo haberse quedado en resolver un misterio. Como si la muerte de don Francisco hubiese sido un capítulo de Scooby Doo. En el fondo sé que a quienes habíamos cerca nos pesa no haber estado para don Francisco en esos últimos días, que nos remuerde la consciencia pensar en que murió solo, que su cuerpo pasó cinco días de amarga descomposición sin que nadie se preguntara qué estaba pasando con él. Y para colmo, que hubiéramos notado su ausencia por un olor que representaba una molestia para todos.

Por eso, hoy no solo narro su muerte. También acudo al recuerdo de don Francisco, de su vida, que, a pesar de haber sido en sus últimos años algo aislada, fue notoria. Siempre será el vecino apasionado por la navidad que no molestó a nadie, y cabe recordar, que su vida laboral la vivió al servicio de la ciudadanía. Por lo anterior, su muerte merecía más que solo ser tranquila. Nadie debería morir solo, sin que nadie le acompañe en su agonía. Sin que nadie recuerde sus últimas palabras ni cuáles fueron sus últimas acciones, deseos o peticiones.

Lamentablemente, esa fue la vida, o, mejor dicho, la muerte que le tocó vivir a Francisco Hernández Medina. Sin familia y sin vecinos. Este relato está dedicado a su memoria, al menos su triste muerte quedará en una historia. Y espera servir como disculpa, de parte del barrio, de sus vecinos, quienes mostraron en mora su preocupación, pero que de la manera más solidaria le hubieran atendido en sus últimos días, de saber

que se marchitaba la vida de quien con antelación inauguraba el fin de año en La Candelaria.

Después de haber oficializado su muerte, llegaron los cuerpos encargados del recogimiento del fallecido; el CTI de la Fiscalía y la policía. Recogieron la evidencia necesaria para la investigación. Los resultados arrojados, como se había supuesto anteriormente, fueron que Francisco Hernández Medina había muerto en medio de circunstancias naturales, el cuerpo no presentó signos de violencia. De si hubo funeral o no hubo, nunca nos enteramos. Después de que partieron con el cuerpo, no volvimos a saber nada de don Francisco por semanas.

Eran las 12 del mediodía y mi mamá ni con tapabocas soportaba el olor, y bien sabíamos que respirar tanto tiempo en el aire así de contaminado podría traer implicaciones para la salud. Por lo cual, ese día fuimos a almorzar donde unas tías. Al salir, notamos que aún no se iban los miembros del CTI, todo seguía acordonado y el pobre cuerpo de don "Pacho", como si no hubiera aguantado el suficiente tiempo ya, seguía ahí dentro.

Al llegar donde mis tías, empezaron a interrogarnos al respecto. Pues, la noticia del adulto mayor fallecido cinco días atrás ya recorría los noticieros locales. Algo desanimadas contamos lo sucedido, ese día fue difícil pasar la comida, incluso recuerdo tener náuseas y pensar una y otra vez cómo compartiendo paredes no pu-

dimos percatarnos antes del fallecimiento de nuestro vecino.

Los días que le siguieron a la muerte de Francisco pasaron cotidianamente, salvo por el aseo con límpido que se les hizo a las casas repetitivamente con ánimos de espantar el fétido olor. Aquel persistió toda la semana. Esos mismos días llegó un camión de mudanza a sacar todas las cosas de don Francisco y le hicieron aseo a la casa. La cual, permaneció vacía varios meses, aunque nunca se puso en arriendo o a la venta.

Hoy en día, más de un año desde que Francisco ya no está en el barrio, es como si el tiempo lo hubiera borrado del todo. Incluso, dio lugar a que nuevos vecinos llegaran a habitar la casa que durante años fue su hogar. Nunca me había preguntado quiénes eran, hasta que pensé en esta historia para el presente relato. Le pregunté a mi madre si sabía quiénes estaban viviendo ahí, me respondió que creía que eran parientes de don Francisco.

Después de recibir la anterior información, quise entrevistarlos para enriquecer esta crónica. Como mencioné previamente, solo sabíamos de una sobrina y en la casa habita actualmente toda una familia. Toqué la puerta y un joven me atendió. Le pregunté por don Francisco y con un dolor casi predecible confirmé la soledad de "Pacho". El hombre me respondió que que eran parientes de quien solía habitar la casa, no obstante, no le conoció para nada.